

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA

MORAL Y RELIGIOSA.

CON LA

aprobación eclesiástica,

y bajo la dirección

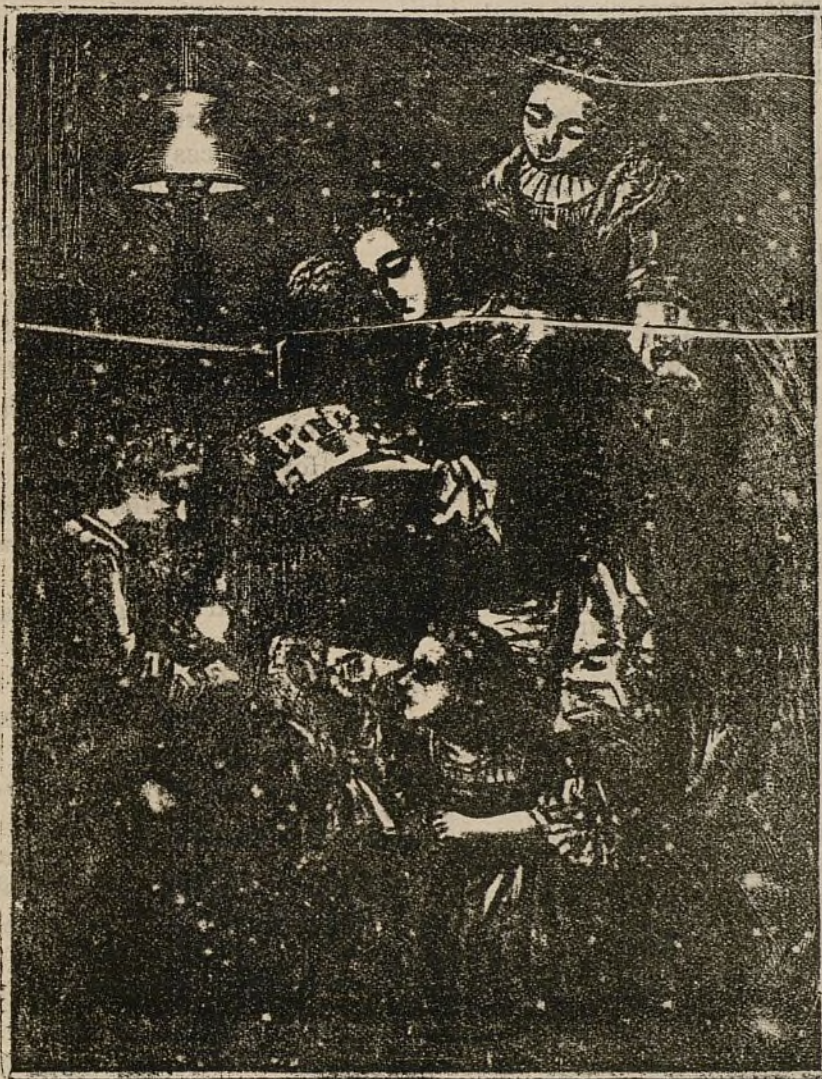
DE

E. Lozano de Vilchez.

Granada.—Darro del
Campillo, 15.

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, sección doctrinal, y cuanto juzguemos á propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.

Este periódico saldrá los días 8, 14, 23 y 30 de cada mes, y constará de ocho páginas en igual tamaño al de este prospecto.



SU PRECIO

ES EL

DE UN REAL AL MES.

EL MÁS BARATO

que se publica en España.

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisición de las tarjetas establecidas para pago de periódicos, y que se expenden en todos los estancos; admitiéndose tambien en sellos de franqueo de 10 y 15 céntimos, prefiriéndose siempre, donde los haya, las letras del Giro mútuo.

Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.

14 de Diciembre de 1878. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 30.

SUMARIO.

Las pasiones ante la fé.—La abuela, poesía.—El libro de misa.—El remordimiento, poesía.—Sección doctrinal.

ESTUDIOS MORALES.

LAS PASIONES ANTE LA FÉ.

(CONTINUACION.)

II.

En nuestro artículo anterior, llamábamos la atención sobre la necesidad de cuidar severamente la vida del corazón; en él viven nuestras pasiones, que pueden ser causa de grandes bienes,

ó de terribles desastres; la humanidad contemporánea se cuida poco ó nada de Dios; dá rienda suelta á sus pasiones, y el estado moral del mundo es harto triste, merced al desenfreno de los vicios humanos!

Todo hombre que no ha perdido la fé, puede ver en aquellas palabras del Evangelista S. Juan, esta verdad: que los caminos de perdición por donde se despeñan los hombres son: *la Concupiscencia de la carne, la Concupiscencia de los ojos, y la soberbia del espíritu*; es decir: el sensualismo, la codicia y el orgullo. Esos vicios constituyen la *Concupiscencia*; y esta depravación del corazón humano, es la fuente de los grandes males que nos aquejan en todos tiempos, y de una manera especial en los días que corremos!

El malestar del mundo se acentúa más y más cada día; el trastorno moral es completo; y los

frutos de semejante desorden, son las últimas aspiraciones del reinado del mal sobre la tierra. Todos estos males traen su origen de ese fondo de corrupcion que nos devora, y que he llamado la *Concupiscencia*.

En efecto; la *Concupiscencia*, que es un resultado de la culpa original; y que nos inclina sobre la peligrosa pendiente del pecado, reviste, cuando ha llegado á desbordarse, un carácter agresivo, que nos persigue sin cesar: es la terrible y desenfrenada rebelion de los apetitos contra la razon.

Por eso, cuando el hombre inclina su oido ante la voz de sus egoismos, y se presta á reanudar sus instigaciones, reniega de su razon, abjura de su nobleza, y se convierte en enemigo del orden.

Una vez trastornado el orden moral, qué sucederá? Semejante violacion de las leyes divinas y de las leyes humanas, introduce la division en la vida, y acaba por ahogar la unidad que es la condicion indispensable de ella.

Entonces, en esos momentos de perturbacion, se ven todos los desórdenes que afectan á la esfera intelectual, á la esfera social, y á la esfera religiosa; de ahí, de ese fondo tenebroso del corazon humano lastimado y envilecido, surgen luego esos delirios que nublan el horizonte de la verdad, que trastornan la estabilidad social, y conmueve el edificio de las creencias religiosas! Y el filosofismo, y el socialismo y la impiedad, vienen á levantar su atrevida cabeza, tomando asiento en el mundo, que les parece sobradamente estrecho á sus ambiciones, y no temen subir hasta el sόlio de Dios, para declararle la guerra, ó suprimirle con tres palabras.

La Historia contemporánea, está declarando en favor nuestro: ella nos presenta el mónstruo de la impiedad, la fiera inquieta del socialismo, y esa nube de innumerables errores filosóficos que se chocan, se combaten y se destruyen mutuamente; este es el estado actual de la sociedad moderna; á esa triste situacion nos ha traído la hidra funesta de la *Concupiscencia*; y quien no sepa reconocer esta triste verdad, es digno de toda lástima, porque está ciego en su espíritu y en su corazon!

E. A. V. P.

LA ABUELA.

(Traduccion.)

«Oh! madre de nuestra madre,
¿Estás durmiendo... ¡Despierta!
Otras veces en tus sueños
Murmuras y balbuceas,
Y parece que aun dormida
Hablas con álguien y rezas;
Mas hoy estás tan inmóvil
Como la Virgen de piedra,
Y á tus lábios silenciosos
Ni el aliento vida presta.
¿Por qué mas sobre tu pecho
Hoy inclinas la cabeza?
Dínos, ¿qué daño te hicimos
Para que ya no nos quieras?
Mira: la luz palidece,
Del hogar el fuego humea;
Y si no quieres hablarnos
Como solias, abuela,
La luz, el fuego y nosotros
Moriremos de tristeza.»

«¿Qué dirás, cuando despiertes
De ese letargo, y nos veas
Á nosotros dos ya muertos,
Muerto el fuego, la luz muerta?
Tambien entonces tus hijos
Sordos serán á tus quejas.
Para que resucitemos
Á tu santa harás promesas,
Y bien habrás de abrazarnos
Para darnos vida nueva.»

«Dános tu manos heladas
Que nuestras manos calientan;
Y de antiguos trovadores
Cántanos coplas añejas.
Háblanos de los guerreros
Que servian fadas bellas,
Y á sus damas les llevaban
En vez de flores, banderas;
Dínos el nombre amoroso
Que era su grito de guerra.
Dínos cómo se conjuran
Los fantasmas. ¡Ay, abuela!

Cuéntanos aquella historia
De un monje que vió en su celda.
Á Lucifer por los aires
Volar con alas siniestras;
Dínos á quien el demonio
Teme mas en su caverna,
Á los mandobles de Orlando
Ó á los salmos de la Iglesia.
Ven; enséñanos tu Biblia
Con sus láminas tan bellas,
Los santos de azul y de oro,
Y el cielo con tanta estrella,
Y el Niño, el buéy y los magos...
Y esas latinas sentencias
Que á Dios hablan de nosotros,
Descífranos letra á letra.

«La luz oscila y se apaga
Descienden las sombras densas;
Quizás ya por la ventana
Malos espíritus entran...
Tú, que el miedo nos quitabas,
Hoy nuestro pesar aumentas.
¡Cielos! ¡Su mano está fría!
Á veces, con ánsia tierna,
Nos hablabas de otro mundo
Á do las horas nos llevan,
De la gloria, del sepulcro,
De la vida pasagera,
Y de la muerte... ¡la muerte!
¿Qué es la muerte? ¿No contestas?

Y oyéronse largo rato
Sus sollozos. Y risueña
Rayó al fin la blanca aurora,
Y no despertó á la abuela.
Dió al aire lúgubres sonos
La campana de la aldea,
Y un pastor vió aquella noche,
Por la mal cerrada puerta,
Delante del santo libro,
Junto á una cama desierta,
Dos niños arrodillados
Que rezaban con voz trémula.

EL LIBRO DE MISA.

TRADUCCION ESPAÑOLA DE

DOÑA JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

Las suaves tintas del crepúsculo prestaban indecisos y poéticos reflejos al hermoso cielo de Picardía; la naturaleza fatigada de los ardores del sol, parecia recibir complacida las brisas mensajeras de la noche, y las campanas de la antiquísima iglesia de Saint-Irieix, daban pausadamente al viento el toque del *Angelus*.

La condesa María de Pommereuse, asomada al balcon del castilo de Saint-Irieix, fijaba con ansiedad sus ojos en la larga avenida de frondosos castaños que conducia á la antigua morada señorial, manifestando en todos su ademanes la viva impaciencia que la dominaba.

Nada mas poéticamente bello que aquella hermosa mujer, destacándose como una aparicion divina de los sombríos muros del gótico castillo ennegrecidos por el tiempo: con su flotante vestidura y la diáfana gasa con que habia cubierto sus magníficos cabellos, parecia el genio misterioso y encantador que protegía de los rigores del tiempo aquel magestuoso edificio.

—Soy una loca al esperarle con tanta ansiedad, cuando es para causarle un disgusto, murmuró la condesa como hablando consigo misma; ¿pero tendré valor?... ¿por qué espira siempre en mis labios ese secreto cruel?... ¡Si le amo con todo mi corazon, Dios mio, si le amo como no amaré jamas.

Y despues de ese grito último del alma, pronunciadas estas palabras, que condensaban una pasion fogosa por largo tiempo contenida, María sepultó su lindo rostro entre sus manos, como para ocultarse á si misma su púdico dolor.

¡La inocente condesa soportaba hacia muchos años los tormentos de un amor sin esperanza!

Un hermoso joven, montado en un soberbio potro, apareció en el extremo de la avenida de los castaños; la condesa, al verle, se retiró precipitadamente del balcon, corrió á arrodillarse en su reclinatorio, y una ferviente plegaria brotó de sus labios. Pocos momentos despues apareció serena en el salon, donde la aguardaba el recién llegado.

—Tengo el gusto de ofreceros el miosotís que tanto deseabais dibujar, se apresuró á decir el jóven, presentando galantemente las flores á la condesa; las fui á buscar esta mañana al valle de la Source, y las hubierais tenido mas pronto,

si no hubiera temido ser importuno adelantando la hora de mi visita.

María le dió las gracias por medio de una dulce sonrisa.

—Como veis, devuelvo bien por mal, prosiguió el jóven, puesto que ayer durante el paseo os pedí que cogierais para mí un pensamiento y me disteis una rama de espino.

—Tal vez el espino fuese tambien un pensamiento, Leoncio, contestó débilmente la condesa.

La mirada de Leoncio se fijó en María con tan amarga inquietud, que ella exclamó, tendiéndole una mano:

—¡Amigo mio, mi pobre amigo!

—¡Amigo! repitió con vehemencia el jóven cayendo de rodillas; amigo no, María, amante, esposo sí.

—¡Esposo, jamás! replicó vivamente la condesa retrocediendo algunos pasos.

Al oír las enérgicas frases de la noble dama, Leoncio se creyó víctima de una horrorosa pesadilla; sus ojos se nublaron por las lágrimas, y una palidez mortal se extendió por sus facciones.

—Comprendo... murmuró al fin con dolorosa ironía, me despreciáis...

Cuando dos almas se hallan oprimidas por el deber ó las conveniencias sociales, basta el mas sencillo incidente para que estalle la expresion de los sentimientos por tanto tiempo ocultos; con mayor violencia cuanto mas cruel ha sido el retraimiento.

Una pobre flor habia provocado la penosa escena que acabamos de relatar, y la condesa recibió un golpe dolorosísimo al ver la manera con que se habia interpretado su misterioso pensamiento. ¡Ella despreciar al amigo de su infancia, al hombre por quien gustosa hubiera sacrificado su vida! Quiso contestar á tan cruel reproche, abrir su alma al ingrato que la desconocia y no pudo: mil confusos sentimientos la asaltaron á la vez, y en vano buscó una frase que reasumiera las diversas ideas que la agitaban.

El ruido que produjo al cerrarse la puerta del salon distrajo á María de sus penosas reflexiones, y levantó la cabeza con sobresalto. Leoncio habia desaparecido.

La condesa no se sintió con fuerzas para abandonar la estancia y se dejó caer desfallecida en un sillón, por que nada es mas sensible para un corazón delicado que la injusticia de los seres á quienes ama.

Las horas trascurrieron con triste lentitud desde la salida de Leoncio: el salon se hallaba envuelto en la mas profunda oscuridad, y el

silencio que reinaba en la sombría estancia era solo á intervalos interrumpido por los sollozos ahogados de la condesa.

De repente una viva claridad se esparció alrededor de la afligida dama.

—Acaban de entregarme esta carta para la señora, dijo un doméstico, apareciendo con una luz en la mano.

—¿De quién es? preguntó María con voz conmovida.

—De Mr. Leoncio Geoffroy, contestó el criado dirigiéndose á encender los candelabros del salon.

La noble dama leyó temblando lo siguiente:

«Señora, una palabra sola me ha revelado mi suerte, y trataré de olvidar un pasado alagüeño ante un porvenir desesperado. Podeis fijar sin temor vuestros ojos en este papel, porque es la última vez que os escribo. Educado junto á vos, aprendí á amaros como un hermano, y mi cariño parecia haceros dichosa.... Vuestra santa madre me trataba como á un hijo, en recompensa, sin duda, de que mi padre, intendente hacia muchos años de la casa, habia salvado su fortuna en la época del Terror; aquella noble mujer me amaba tanto, que el cariño que sentia por mí se confundia casi con el que le inspirabais vos. Al terminar en París mi carrera de abogado, intenté conquistarme una posicion, alimentando ¡necio de mí! una vaga esperanza que á nadie me habia atrevido á confiar; supe vuestro casamiento con el conde de Pommereuse, y la amargura que invadió mi alma me reveló toda la fuerza del misterioso amor que sentia por vos, señora. No intentaré haceros una pintura exacta de mis dolores, porque el momento no es oportuno para ello; tan solo os diré que han transcurrido dos años desde que la muerte os separó de vuestro esposo. Como en la época de su fallecimiento mi padre no existia, os dignasteis acordaros de mí para pedirme algunos consejos acerca de vuestros asuntos de herencia, y yo abandoné á París sin dolor para instalarme en mi tierra natal, cerca del castillo donde viviais, olvidando por completo, ante la dicha de veros, el brillante porvenir que se abria ante mis ojos, cuando terminó vuestro luto me recibisteis como á un antiguo amigo, y desde entonces solo conté mi vida por las horas que pasaba á vuestro lado. Vos érais mi presente y mi porvenir. Nada tengo que reprocharos, María, porque jamás vuestra boca se abrió para confirmar un sentimiento que asomaba sin cesar á mis ojos, y que mis labios no se atrevian á confesar...; pero ¿quereis que os diga la verdad?..

¡Cometí la estupidez de creerme amado. ¡Os complaciais tanto en recordar las inocentes escenas de nuestra infancia; pareciais tan dichosa al recordar los lugares testigos de nuestros primeros juegos; os inquietabais tanto si algun día un acontecimiento imprevisto me retenia lejos de vos; confundíamos con tan hermosa espontaneidad nuestros pensamientos y nuestros deseos, que creí llegar, en época no muy lejana, al cumplimiento del deseo que llenaba mi vida!... Perdonadme, María, tan dulces sueños; ya veis que no eran mas que sueños.... Hoy sin querer, he hecho traicion al misterio de mis mas caros sentimientos, y ha desaparecido mi dicha para siempre; un rayo de luz ha desvanecido las tinieblas en que mi espíritu se agitaba, y el dorado prisma de mis ilusiones ha desaparecido ante la triste y orgullosa realidad. Teneis razon: Leoncio Geoffroy no puede ser jamás el esposo de la altiva condesa de Pommereuse... ¡Pobre loco, que pensaba inocentemente que la gloria adquirida podia borrar á los ojos de una noble dama la fea mancha de su humilde origen! El hijo de un honrado intendente no puede soñar nunca ser el marido de aquella á quien su padre ha servido!... ¡Perdon, María, perdon! ¡Yo solo tengo la culpa de todo y con mi necia confianza he labrado mi desdicha! Pero he sufrido tanto, ha sido tanta mi desesperacion, que si vos comprendierais el estado de mi alma, me perdonariais la saberlo; ¡compadeced al menos al hombre infeliz que ha cometido la locura de soñar con poseeros! Teneis el derecho de ser altiva, puesto que el cielo y la naturaleza os ha colmado de todos sus dones; pero sois buena y no me guardareis rencor. Adios, mi dulce amiga: jamás volveremos á vernos, por que yo no tengo valor para presentarme á vos, y quizá la viuda del conde de Pommereuse no lo permitiria. ¡Soy tan desgraciado, es tan horrible el dolor que sufro! ¡Pobre cabeza mia!.. ¡Quisiera llorar y tengo los ojos enjutos! ¡Si á lo menos me quedara el triste recurso de las lágrimas!..»

La carta se hallaba bruscamente interrumpida; y una mano, que no era la de Leoncio, habia puesto la direccion.

II.

Un mes despues, y en un aposento débilmente alumbrado por la vacilante luz de una lámpara, se veia una mujer sentada á la cabecera de una cama, escuchando con horrible ansiedad la penosa respiracion de un enfermo.

De repente aquella muger lanzó un grito ahogado de alegria: el enfermo se incorporó con esfuerzo, asió su mano, y articuló débilmente estas palabras:

—¡Ella, Dios mio, ella!

—¡Leoncio! exclamó la condesa acariciando con su enflaquecida mano la sudorosa frente del enfermo; ¿me reconocéis?

—¿Vos aquí, María, á mi lado? balbuceó el joven con creciente agitacion;—¡hablad, hablad, que oiga vuestra voz, para convencerme de que no es un sueño lo que veo!

—¡Gracias, Dios mio! me ha reconocido;—murmuró la condesa cayendo de rodillas y elevando al cielo una fervorosa oracion.

—Hijo mio, añadió acercándose al lecho un venerable sacerdote que se hallaba junto á María; la condesa no se aparta un instante de vos. «Yo he hecho el mal, yo sola he de repararlo,» dice sin cesar; las plegarias de los angeles llegan al trono del Señor, y las de esta noble mujer acaban de salvaros.

Desde aquel día la convalecencia de Leoncio adelantó rápidamente.

—Curaos, le habia dicho María, y sabreis mi secreto; luego Dios decidirá de vuestra dicha.

Apénas habian trascurido tres semanas, que Leoncio se vió en estado de poder ir al castillo.

Era un hermoso día de otoño; el sol al proyectar sus dorados rayos en los seculares árboles del parque, parecia arrojar sus ultimos resplandores sobre la moribunda vegetacion, lamentando la venida del sombrío y triste invierno.

La condesa y Leoncio se sentaron á la sombra de un frondoso plátano, que habia presenciado los descuidados juegos de su infancia.

—Dios os perdone, Leoncio, dijo María, el daño que me hicieron vuestras palabras al acusar de orgullo á un corazon que jamás ha tenido ese defecto; no, amigo mio, la condesa de Pommereuse no se creeria humillada aceptando el nombre y el porvenir que le ofreceis, porque este nombre,—y lo confieso en este solemne instante,—fué el primero que deseé llevar para ser dichosa.

—Decís la verdad, María?— exclamó Leoncio enagenado.

—¡Pobre amigo mio!— añadió tristemente la dama;—mi confianza hará mas largos vuestros recuerdos, pero mi corason no tiene valor para ocultároslo por mas tiempo. Escuchad: el conde de Pommerouse era bueno; muy bueno y lleno de delicadeza para mí; yo experimentaba por él, ya que no el amor, el mas vivo senti-

miento de amistad; pero una circunstancia fatal convirtió el sincero afecto que profesaba á mi marido, en un cariño verdaderamente maternal. Tres meses despues de mi matrimonio, el médico que visitaba al conde me reveló que mi pobre esposo se hallaba aquejado de una afeccion en el pecho, y dejó á vuestra discrecion el juzgar lo que yo debia sufrir con semejante revelacion. ¡Un hombre jóven, rico, dichoso, condenado á temprana muerte sin que la naturaleza ni el arte pudieran arrancarle á su destino fatal! Desde entónces me dediqué con ahinco á velar por sus delicados dias, le rodeé de tiernos cuidados, tomé cuantas precauciones podian disminuir la dolencia que minaba su existencia, y mi vida, durante dos años, fué un continuado suplicio, tanto mas cruento, cuanto mis facciones no debian jamás hacer traicion al angustioso estado de mi alma.

Un dia, cuando el médico se retiraba de mis habitaciones, entró en ellas el conde pálido y convulso.

—María, me preguntó sentándose á mi lado, ¿por que me habeis engañado?

Yo arrojé un grito de espanto, comprendiendo que el conde sabia su verdadero estado por cualquiera desgraciada casualidad que no acertaba á adivinar.

—Tranquilizaos, me dijo; yo soy tan culpable como vos, puesto que pensé ocultaros un secreto que ha tiempo, sin yo saberlo os pertenecia. Sé la suerte que me espera, y estoy tranquilo, porque Dios ha aceptado el sacrificio de mi vida. Solo una cosa me aflige, esposa mia, y es el dejaros á vos, mi única afeccion en el mundo. ¡Cuando pienso eso, no tengo valor para morir!

En vano quise alentarle con esperanzas que yo no alimentaba.

—Vuestros generosos esfuerzos son inútiles, contestó mi marido; á través de esa puerta acabo de oir mi sentencia de los labios del facultativo, y me resigno sin esfuerzo en la confianza de que vos en mis últimos momentos suavizaréis la cruel amargura que siento al dejaros y hareis dulce mi muerte.

Desde aquel dia ni una palabra recordó la penosa escena que entre el conde y yo habia tenido lugar; la vida de mi marido se extinguia lentamente ante los esfuerzos inútiles de la ciencia, y la víspera de su muerte, asiendo con su helada mano la mia temblorosa, me dijo con ansiedad:

—María, ¿tendreis abnegacion bastante para llevar á cabo el sacrificio mas grande que se ha exigido jamás de una mujer de vuestra edad y

posicion? ¿Quereis hacer feliz mi agonía, con una promesa que me hará bendeciros eternamente desde el cielo?

—Hablad, exclamé; si es necesario dar mi vida para salvar la vuestra, la daré sin vacilar.

—No tanto, pobre ángel, no tanto; no es el sacrificio de vuestra vida, sino el de vuestra dicha el que os exijo, respondió el moribundo con voz temblorosa; la idea de que en dia no lejano otro hombre os ha de llamar su esposa, me martiriza y roba la tranquilidad de mis contadas horas y turba mi razon; perdonad mi debilidad, María.... y no me maldigais por tanto egoismo... pero ¡fué tan corta mi dicha! que sería para mí la felicidad suprema obtener de vos la promesa de que no ortogareis á nadie los tesoros de vuestra ternura, y permanecereis fiel á los juramentos de amor eterno que me hicisteis ante el altar.

La cabeza del conde cayó desfallecida sobre la almohada, y su alma parecia aguardar mi contestacion para volar al cielo. Entonces todo lo prometí, Leoncio, y juré ante Dios y un moribundo no volverme á casar; ya sabeis mi secreto, amigo mio, y ahora decidme si he obrado bien.

—¡Fatal secreto!

—¡Si, muy fatal, Leoncio, muy fatal; exclamó la condesa deshecha en lágrimas, puesto que hace desgraciados á dos seres.

—Pero Dios no puede aceptar un juramento semejante, María; el deseo de un moribundo puede reclamarlo, pero la razon lo reprueba y la religion lo prohíbe.

—No, no, contestó la noble viuda; un juramento siempre es sagrado, y Dios recibió el mío en aquel momento supremo.

—Dios no puede aceptarlo, exclamó Leoncio con vehemencia; y si no, dejad que lo juzgue por Él uno de sus ministros, el venerable sacerdote que ha velado á mi cabecera durante mi enfermedad os guiará, María... consultadle; y confio en él y acepto desde ahora el porvenir que me señale.

—Sea, contestó tristemente la condesa; mañana lo sabrá todo.

Al dia siguiente Leoncio recibió temblando una carta de la condesa, concebida en estos terminos:

(Concluid.)

N. DE SAINT-GEORGES.

EL REMORDIMIENTO.

Huyendo de la orgía,
Negando el lábio al beso de Popea,
La faz pálida y fría,
Corre Neron, que inexorable idea,
Terribles sombras, alejar desea.

«No fué delirio, exclama,
La mano de Nemésis poderosa,
En sangre, viva llama,
Trocó el Falerno que á mi boca ansiosa
Brindó la copa henchida y olorosa!

«Privándome de aliento,
Sonando cual la flecha despedida
Por Jove, bronco acento
*¡Apura, me gritaba, parricida,
La sangre misma que te dió la vida!*

«Cuando, con mas ternura,
En ojos de atractivo sin segundo
Buscaba yo dulzura,
Hallé el mirar doliente, moribundo,
Con que Agripina abandonaba el mundo.

«No, cual guirnarda hermosa,
Tornátil brazo al cuello me ceñía
Amante voluptuosa:
Terrífico esqueleto me oprimía
Con duro abrazo y sin piedad reía!

«Ay! que ya vienen fieras
Su látigo las furias sacudiendo,
Sierpes las cabelleras!
Ay! que, tambien, fatídicas gimiendo,
Acuden larvas en tropel horrendo!

«¡Y tú, sombra obstinada,
Mostrando siempre tu rasgado seno!
Tras mí siempre irritada,
Ya luzca el éter fúlgido y sereno,
Ya duerma el mundo de tinieblas lleno!

«¡O mísera Agripina,
Perdon, perdon, arrodillado imploro!
¿Expiacion mas dina
Tu orgullo anhela? ¡Suplicante lloro
Y Roma inciensa mis estatuas de oro!

«El bálsamo del sueño,—
Á los esclavos mismos concedido,—
Me quitas con tu ceño!
Rugir de Averno finjes al oído
Los vítores del circo estremecido!

«En vano mi locura
De carne vil apellidó flaqueza
Mi sin igual tortura
Y, para dar al ánimo firmeza,
A verdugos cansé con mi fiereza!

«¡A cuánta vírgen bella
Hice olvidar su cántiga de amores
Por funeral querella!
Á cuánta madre en páramo de horrores
Troqué su alegre porvenir de flores!

«En vano á los placeres
Pedí con rabia vértigo abrasante;
A lúbricas mujeres
Caricias locas, goce delirante;
Olimpia en vano me aclamó triunfante!

«Del Bétis al Eufórates,
Mi voluntad impongo á las naciones;
Yo puedo en los combates,
Cual rey ninguno, presentar legiones;
Yo puedo... todo! Y ríndenme visiones!

«Do quiera *Parricida!*,
Do quiera escucho tembloroso, frío,
Que inútil es la huida;
De sangre y llanto caudaloso río
Siempre me acosa con tremendo brío!

«¡Dioses, negadme lira,
El inspirado canto delicioso
Que, atenta, Roma admira;
Cetro quitadme y esplendor pasmoso,
Mas, conceded al corazón reposo!

EMILIO BLANCHET.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—Ese derecho lo tiene V. E. señora, hace ya mucho tiempo y usa de él perfectamente dándome las sobras de su mesa.

—Pero ahora....

—Ahora, solo esto admitiré. Oh! déjeme V. E. en mi pobreza, y si algún mérito tiene mi accion, no me prive de él premiando en la tierra lo que solo Dios ha de premiar en el cielo.

El sacerdote se acercó al mendigo y tomando una de sus manos.

—Bien, hijo mio, dijo, bien: yo apruebo y bendigo tu santa resolucion, como bendigo y apruebo los deseos de Nicolás, y para que este puede hacer algo en expiacion de su falta, yo en nombre de los pobres acepto su ofrecimiento, y le impongo la obligacion de sentar en su mesa un necesitado todos los dias, teniendole á su lado, y tratándole con respeto y amor. Esto servirá para recordarle el pasado, del que se debe arrepentir: para abrirle el cielo, al cual debe aspirar, y para dar buen ejemplo á sus hijos, que quizá aprendan á imitarle y perpetúen esta costumbre haciendo de ella una plegaria eterna que implore por él al Dios de las misericordias.

—Oh! así lo haré, señor cura, así lo haré, y el cielo le premie el consuelo que me dan sus palabras.

—En cuanto á sus cómplices, hijo mio, añadió el ministro de Dios, pidamos por ellos todos los dias, y quizá llegue uno en que se arrepientan de su falta y quieran remediar el mal que hicieron.

El sacerdote se levantó para retirarse y todos le imitaron, dejando sola á la Marquesa de la Fé, que antes de entregarse al reposo, dió gracias al cielo por el buen desenlace de aquel suceso.

Ah! la noble anciana no pensó siquiera, que la santa doctrina vertida en sus palabras habia hecho germinar el arrepentimiento en el corazon del uno, y el perdon en el alma del otro.

Como ninguno de los que asistian á las modestas conferencias de la Marquesa se habian apercibido de lo que habia pasado entre Lorenzo y Nicolás, todos acudieron á la reunion del dia siguiente, sin notar por un momento, que la sonrisa del colono era mas franca y expansiva, y menos sombrío el aspecto del mendigo.

La noble anciana ocupó su antiguo sillón y despues de dirigir algunas frases cariñosas á su pequeño auditorio.

—Ayer, dijo, y por no hacer mas larga la leccion diaria dejamos pendiente un punto interesantísimo en el modo de santificar las fiestas. Este es el de no perder jamás en ellas la sagrada misa, y además, oirla con devocion y recogimiento.

—En un domingo á misa, abuelita, respondió; y lo que és todos los que mucho que dejen de ir. El otro todos: allí estaba Petra, tan comedido nuevo y la mantilla que tú le el dia de tu santo, y la cual no sabia Yo no quitaba los ojos de ella, ¡ay! abuela como la miraban todas tambien.

—Ay señorita, exclamó Petra con rapidez, por que estaban muertas de envidia, yo lo sabia y me alegraba de hacerlas rabiar, no sabe V. lo orgullosas que son todas, y lo vanas que están, y sin embargo, hace cuatro domingos que llevan el mismo traje las hijas del alcalde, y las del escribano tambien, eso me decia la otra mañana la mujer del médico que estaba arrodillada cerca de mí.

—Amiga Petra, veo que va V. por muy mal camino y que si acude á la casa de Dios para murmurar y observar á los otros, valiera mas que se quedara en casa y no profanara tan santo lugar.

—Yo, señora... balbuceó Petra turbada, yo creí..... hablar algunas palabras no es tan malo, y en cuanto á criticar, como todas hacen lo mismo.

—Esa es una razon poco plausible á la verdad: ¡no porque otras practiquen el mal, estamos nosotros autorizados para practicarle. Al ir al templo, debemos dejar á la entrada todas las ideas, todos los pensamientos mundanos que no son propios de aquel sitio.

—V. E. tiene mucha razon, lo mismo dice el señor cura cuando trata de esto en los sermones, así pues yo procuraré enmendarme en adelante, y ya que se habla de la misa, voy á suplicar á la señora que me explique los motivos que pueden eximirnos sin pecado de ir á ella los domingos.

—Oh! son muy pocos, querida Petra, y voy á dar á V. un medio muy sencillo para saberlo. Cuando crea V. tener ocupaciones, enfermedades ú otro motivo que la retenga en casa por precision, privándole de poder ir á misa, piense V. que si por salir media hora solo pudiera adquirir una buena ganancia, una gran cantidad de dinero, ¡ay! Petra, yo creo que para esto allanaria todas las dificultades, venceria todos los inconvenientes que privan á veces de cumplir los mandatos de Dios, que ofrece en cambio un paraíso. Es cierto que hay impedimentos justos y por los cuales estamos exentos de toda responsabilidad. Por ejemplo el que cuida á un enfermo, el que tiene á su cargo niños pequeñitos que peligrarian quedando solos, pero como he dicho á V. la conciencia es el mejor juez en estas cosas: como haya alguna falta en que intervenga la voluntad, ella misma nos lo avisará, por mas que nosotros no queramos oirla. Ahora pasemos adelante, y tú Rosa que eres una jóven buena é instruida, dinos el cuarto de los mandamientos del Decálogo.

—Honrar padre y madre, señora, contestó la bella aldeanita poniéndose como la grana, al verse interpellada por la noble dama.

—Cuán hermoso es ese precepto y á cuanto nos obliga! exclamó esta con emocion. En él, y para darnos una idea de lo grato que es á Dios que le cumplamos exactamente, ha prometido recompensas á los buenos hijos, no solo en el otro mundo, como hace á los que observan los demás Mandamientos, sino en esta vida tambien, puesto que nos dice por medio de las Sagradas Escrituras «Honra á tu padre y á tu madre, para que seas de larga vida sobre la tierra, que el Señor, tu Dios te dará»

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.